

Dos viajeras del siglo XIX: Flora Tristán y Eduarda Mansilla. Su construcción de feminotopías y su posición de exploradoras sociales en la mirada hacia el Otro.

Adriana Cecilia Milanesio

*El viaje no es solo un desplazamiento
en el espacio geográfico o en el tiempo histórico:
es también un desplazamiento
dentro de una cultura: la que mira*
Daniel-Henri Pageaux

En un afán por conocer y clasificar, por interpretar la realidad que nos rodea nos pasamos la vida leyendo, indagando, buscando textos que nos ayuden a transitar la vida. Y en esos recorridos lectores la comparación emerge como un procedimiento ineludible¹. Comparamos, ponemos en relación, reconocemos similitudes y diferencias, conjugamos la tensión que une y desune a textos y contextos. Interpretamos las posibilidades de las relaciones del hoy y las del ayer. Y así se va construyendo nuestro esquema mental, con relaciones muy personales e individuales, con catálogos singularísimos sobre temas, autores y poéticas.

Los estudios de la Literatura comparada llegan hacia nosotros para tender puentes que nos permitan teorizar los vínculos que detectamos entre una escritura y otra. El desarrollo de la disciplina aparece en la historia de los estudios literarios como un quehacer necesario y urgente y su sistematización en escuelas y tendencias, su evolución continua, dan cuenta de lo necesario que resulta un anclaje teórico metodológico a la hora de pensar relaciones entre textos.

¹ Según S. Praver, "las literaturas de distintas culturas y en diversas lenguas han sido 'comparadas' desde la época en la que los romanos midieron su poesía y su oratoria con la de los griegos" (1998:32)

En este sentido, tomaremos la propuesta de Daniel Henri Pageaux “De la imaginería cultural al imaginario” presente en el libro *Compendio de literatura comparada* de Brunel, P. y Chevrel, I (1994).

Pageaux (1994), quien estudia la línea del comparatismo denominada imagología, sostiene que “la imagen ‘literaria’ se entiende como conjunto de ideas acerca del extranjero insertas en un proceso de literarización a la vez que de socialización” (103) “La imagen del extranjero se ha de estudiar como parte de un conjunto vasto y complejo: el imaginario [...] social [en lo que hace a] la representación del Otro” (103).

Nos proponemos trabajar con los capítulos II, III y XII de *Recuerdos de viaje*, de Eduarda Mansilla y el capítulo VIII, titulado “Lima y sus costumbres”, de *Peregrinaciones de una paria*² de Flora Tristán³. Se trata de la comparación de dos textos escritos por mujeres viajeras durante el siglo XIX, más precisamente en lo que hace a la descripción de las iglesias y de ciertos usos sociales desde la concepción de “exploradora social” recuperada por Mary Louise Pratt y el comportamiento femenino en los lugares visitados desde el concepto de “feminotopía” acuñado por Pratt en el capítulo “La reinención de América II: la vanguardia capitalista y las exploradoras sociales” de su libro *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*.

Flora Tristán, hija de padre peruano y madre francesa, nacida en Francia, decidió viajar a Perú para reclamar la herencia de su padre, muerto sin haber dejado testamento. El viaje se produjo en 1833 y Flora se quedó en territorio peruano durante un año. De esa experiencia viajera se desprende su texto *Peregrinaciones de una paria*, aparecido en 1838 y su despertar político que encontró sus vías de manifestación tras su regreso a Francia. Como sostiene Francesca Denegri en su estudio introductorio “La identidad fronteriza de la Flora que se embarca hacia el

² Tras un matrimonio de conveniencia en el que abundaron los malos tratos, Flora huyó de su hogar a los 22 años llevándose a sus hijos. Esto y su condición de hija natural la redujeron a una condición marginal. Por eso ella se autodenominó “paria”. “Ese sujeto que Flora construye en el proceso mismo de la escritura es el de la paria, es decir, el de la mujer que vive en las orillas del sistema social ‘legítimo’ y oficial” (Denegri 2003:37).

³ Probablemente, podrían tomarse más capítulos o aspectos de otros capítulos tanto de una obra como de otra para llevar a cabo esta comparación, pero dado que el texto que nos proponemos escribir es un breve artículo, hacemos un necesario recorte para cumplir con nuestro objetivo.

Perú tiene múltiples capas y abarca no solamente su estado civil, también su estatus social a horcajadas entre la clase obrera y la aristocracia” (39).

Spicer-Escalante (2006), luego de reconocer la importancia de la escritura de Flora Tristán, sostiene que “el fenómeno del viaje femenino no es de un solo sentido, de Europa ‘hacia’ el ‘Tercer Mundo’ [...] la viajera latinoamericana también participa del proceso de viajar y narrar sus experiencias vitales como viajera” (xiii). La generación literaria a la que pertenece Eduarda Mansilla fue convirtiéndose en una generación viajera por los cambios socioeconómicos que iba sufriendo la Argentina, que fomentaron “el crecimiento de una clase burguesa [...] y la manifestación de un aburguesamiento social en cuanto a los valores de la patria” (xv)

Eduarda Mansilla escribió *Recuerdos de viaje* en 1882, texto en el que relata los sucesos de su vida durante su estancia en varias ciudades norteamericanas a comienzos de la Guerra de Secesión de EEUU, cuando debía acompañar a su marido en las diferentes acciones diplomáticas a las que era destinado.

Una vez presentado nuestro corpus de trabajo, retomaremos los planteos teóricos de Pageaux quien parte del presupuesto de que la historia de las ideas es el complemento obligado de la imagología para plantear nuestra hipótesis de trabajo. Entendemos que los textos puestos en diálogo en este trabajo se basan en una cosmovisión eurocéntrica y desde allí construyen valoraciones acerca de los espacios por los que sus autoras transitan y acerca de las costumbres de los pueblos que visitan.

Pageaux plantea que no debe importarnos la correspondencia entre lo escrito y la realidad circundante, es decir, la referencialidad de su discurso. Por ello, nos interesa la producción textual de Flora Tristán y de Eduarda Mansilla en tanto portadora de una imagen que preexiste al viaje y que se corresponde con esquemas culturales propios de la cultura que mira y no de la cultura mirada (105). En tanto ambas obras corresponden al género “literatura de viajes”, nos remitiremos a los planteos propuestos por Beatriz Colombi Nicolía en su artículo “El viaje y su relato”. Allí, la estudiosa propone como definición del género

una narración en prosa en primera persona que trata sobre un desplazamiento en el espacio, hecha por un sujeto que, asumiendo el doble papel de informante y de protagonista de los hechos, manifiesta explícitamente la correspondencia –veraz, objetiva- de tal desplazamiento con su relato (2006:14)

En este sentido, advertimos que los textos con los que vamos a trabajar forman parte del género relato de viajes, ya que se trata de relatos en prosa, escritos en primera persona, que tratan sobre un viaje que es narrado por su propia protagonista. Se produce una relación de “solidaridad”, según Colombi, “entre autor, narrador y personaje” (24).

Otra de las características que propone Colombi es que este tipo de relatos presenta riesgos en su cohesión debido a las continuas descripciones y digresiones que interrumpen el flujo de la narración (21) y que son propias de “la sintaxis episódica y fragmentaria del viaje” (22). Mucho de lo que analizaremos a continuación corresponden al orden de lo descriptivo y/o de lo digresivo. La autora sostiene que lo que le brinda cohesión a este tipo textual es la marca de su pertenencia genérica a partir de los paratextos. Esto es visible en los relatos que nos ocupan, pues el título que otorga Flora Tristán a su escrito es el de *Peregrinaciones de una paria* y el de Eduarda Mansilla es *Recuerdos de viaje*. En ambos nombres se pone en evidencia el tránsito, el traslado de un lugar a otro.

La función central de ambos textos es la de informar, en función del carácter testimonial del protagonista, que cuenta lo que ha visto durante su viaje. Tristán y Mansilla cuentan lo que han visto y lo que han vivido y, en ese relato testimonial, aflora frecuentemente la subjetividad y su particular manera de relacionarse con los otros, de fraguar las relaciones de alteridad que constituyen el objeto de la narración. Esas relaciones, aun cuando no proceden de empresas colonizadoras, dejan advertir la impronta del discurso eurocéntrico y colonial. Estas exploradoras parten de un “*locus* de superioridad respecto a su objeto” (27) tal como veremos a medida que vayamos comentando los capítulos seleccionados de las obras estudiadas.

Ese efecto de veracidad buscado por el género, lo posiciona dentro de una “entidad anfibia y versátil” (35) ya que no todo lo que se plasma en un texto corresponde al orden de lo real, sino que muchas cosas –personajes, acontecimientos, ideas, etc.- son exclusivos de cada texto. Partiendo de este presupuesto, entendemos que los relatos de Tristán y de Mansilla no pueden ser equiparados con “la” realidad, sino que mucho en ellos ha sido creado ad-hoc para dar contextura a los relatos.

Mary Louise Pratt (1997) realiza una comparación entre la producción de Flora Tristán y la de María Graham Callcott, quienes por diferentes motivos visitan Perú y Chile respectivamente durante la primera mitad del siglo XIX y constituyen, para Pratt, otra cara de lo que ella ha llamado “reinención de América”, es decir, nuevas visiones fundacionales de América que representan una reinención ideológica de América del Sur y que comienzan con los viajes de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en 1799 (198). Siempre siguiendo a Pratt, podemos decir que la prevalencia de los ambientes domésticos en las obras de estas autoras, frente a sus pares masculinos “no responde simplemente a una cuestión de diferentes esferas de interés o pericia, sino a modos diversos de construir el conocimiento y la subjetividad” (280) ya que su búsqueda tenía que ver con su autorrecogimiento y autoconocimiento, razón por la cual reclamaron para sí un espacio privado. Su actividad exploratoria estaba más ligada a lo social, al mundo de las visitas y de los espectáculos locales, y al recorrido por ciertas instituciones que permitían la construcción de una visión de conjunto de la sociedad explorada, como conventos, campamentos militares, molinos de harina, plantaciones de azúcar, entre otras⁴, lo que llevó a la estudiosa alemana Marie-Claire Hock-Demarle a acuñar el concepto de “exploradora social” (Pratt, 280) para dar cuenta de la obra de Flora Tristán. Visitas de las cuales surge una crítica que “forma parte de la exploración social como práctica política” (281) que hace que el reformismo social se constituya en “una forma de intervención imperial femenina en la zona de contacto”. Los relatos de las exploradoras, según Marie-Claire Hock-Demarle se

⁴ En el caso del capítulo que estamos trabajando, Flora Tristán recorre los conventos, tanto masculinos como femeninos, las iglesias, la casa de la moneda, las antiguas prisiones de la Santa Inquisición, un museo, la sala del Congreso, el palacio del presidente, la municipalidad, la biblioteca. Todo aparece detalladamente descrito y matizado por valoraciones personales y comparaciones con el mundo europeo.

nutrieron de la práctica novelística para dar a conocer sus descubrimientos, desprovistos de estadísticas y lenguajes especializados, permitiéndose en el estilo discursivo la fusión entre lo literario y lo social (282)⁵.

Desde esta conceptualización, también podemos leer en los *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla la voz de una exploradora social y establecer ciertos ejes de relación entre su recorrido exploratorio y el que realiza Flora Tristán.

En este sentido, podemos decir que Flora Tristán en su apartado “Las tapadas limeñas” recurre al recurso de la heteroglosia cuando, luego de la descripción básica de la saya, sostiene que “Ya oigo a nuestras elegantes parisienses lanzar exclamaciones sobre la sencillez de este vestido” (491), así como la suspensión del juicio de veracidad de los enunciados populares que Flora Tristán decide incorporar al relato

“Las limeñas pretenden que hay que haber nacido en Lima para poder hacer una saya y que un chileno, un arequipeño o un cuzqueño jamás podrían llegar a plisar la saya. Esta afirmación, cuya exactitud no me he inquietado en verificar, prueba cuán fuera de las costumbres conocidas se halla este vestido.” (491)

Cobra también un papel relevante en esta fusión literaria la descripción minuciosa, más tendiente a la estética realista en ciernes, de los colores de las sayas según las clases sociales y los de las combinaciones en los calzados, los diferentes peinados que pueden llevar las mujeres y las exclamaciones que encierran una mirada personal sobre los objetos descriptos: “¡Oh! ¡Cuánta gracia tienen, qué embriagadoras son estas bellas limeñas con su saya de un hermoso negro brillante al sol [...]! (493) o la descripción de las pequeñas acciones que se realizan en la iglesia y que desnudan la hipocresía de la sociedad limeña: “sus

⁵ En diálogo con esta categorización, nos parece pertinente recuperar el planteo de Domenico Nucera (2002) en su artículo “Los viajes y la literatura” presente en el manual *Introducción a la literatura comparada* de Armando Gnisci. Este estudioso italiano propone la existencia de tres diferentes categorías antropológicas para el viajero: “El explorador iba en busca de tierras aún sin descubrir; el viajero buscaba algo para descubrir con la mente; el turista [...] busca solo lo que la sociedad de consumo ha fijado en un estereotipo” (285). Desde esta perspectiva, ni Flora Tristán ni Eduarda Mansilla responderían a la categoría de exploradoras tal como lo propone Pratt para Tristán puesto que no transitan tierras sin descubrir. Su experiencia viajera las ubicaría dentro de la categoría de viajeras, puesto que sus búsquedas tienen que ver con descubrimientos mentales tal como desarrollaremos a lo largo del trabajo. Sin embargo, hemos decidido mantener la categorización propuesta por Mary Louise Pratt.

manitas con los dedos resplandecientes de sortijas que recorren un grueso rosario con una agilidad voluptuosa, mientras sus miradas furtivas llevan la embriaguez hasta el éxtasis” (493).

Otro mecanismo literario es el de la comparación con el universo conocido, como cuando dice acerca de la saya que es el vestido nacional y que “Se la respeta y forma parte de las costumbres del país como en Oriente lo es el velo de la musulmana” (495). Este mecanismo, según Pageaux, nos permite identificar el paso de una serie semántica a otra y comprender cómo se escriben los procesos, en este caso, “de alejamiento, de exotización, procesos de integración cultural del Otro o, al contrario, de exclusión, de marginalización” (112). Como vemos, la comparación ejercida por Tristán ayuda a construir un campo semántico de extrañamiento y de construcción de una cultura exótica para los ojos de la cultura que mira.

Como mecanismo literario, también podemos ver la interpelación al público lector en frases como “Creo que se necesitan pocos esfuerzos de imaginación para comprender las consecuencias que resultan de un estado de disfraz continuo” (496), entendiendo que ese público lector que Tristán tiene en mente posee una mirada tan imperialista y eurocéntrica como ella.

Con estas estrategias analizadas, acordamos con Pratt cuando dice “Tristán se construye y se idealiza a sí misma como una buscadora de conocimiento agresiva e interactiva” (285) aunque en estos ejemplos las interacciones estén narrativizadas en su propio relato y no aparezcan diálogos como en otras partes de su obra. Cuando, por ejemplo, presenta los edificios que ha visitado en la ciudad de Lima y narra su excursión por el que le ha resultado repugnante espectáculo de la corrida de toros enuncia:

Sin embargo, como quería estudiar las costumbres del país no podía limitarme a las observaciones de salón. Debía ver este pueblo en aquello a que sus inclinaciones lo arrastran [...] La vista del dolor me hace tanto daño que siento un cruel pesar en describir el espectáculo, repugnante por su barbarie, de que fui testigo. (488)

Sin embargo, la barbarie que reconoce es solo peruana, puesto que valora las corridas de toro andaluzas. Es muy notable este cambio de perspectiva cuando se trata de una corrida europea. En Europa todo parece estar en un justo lugar, cosa que no ocurre en América. Con sus ojos imperiales dice

Concibo el atractivo poderoso que estos espectáculos pueden tener en Andalucía: allí son soberbios los toros, cuyo furor no necesita ser excitado; los caballos llenos de fuego y de vigor para el combate; los toreros andaluces vestidos como pajes, brillantes de pajuelas de oro y de diamantes, cuya agilidad, gracia y valentía tienen algo mágico jugándose con el furor del terrible animal al que derriban de un golpe, dan a aquellas representaciones tanta grandiosidad y el peligro es tan real y el valor tan heroico que concibo, como he dicho, el entusiasmo y la embriaguez de los espectadores. Pero en Lima nada viene a poetizar estas escenas de carnicería. En este país de clima suave y debilitante, los caballos y los toros carecen de vigor; los hombres, de valentía. (489)

Como veremos, Eduarda Mansilla también se construye a sí misma como una buscadora del conocimiento, aunque más refinada en sus recorridos, refinamiento que le corresponde por su condición de esposa de diplomático y la distinción que esto le genera.

Eduarda Mansilla se maravilla con Estados Unidos y la honestidad que caracteriza a sus hombres, que son capaces de renunciar a un cargo gubernamental porque este era incompatible con sus negocios privados (31). En su idealización del país de norte, Mansilla se apropia de la filosofía estadounidense y comprende que el mundo del norte se rige por el principio de que "*time is money*"⁶ (32).

⁶ Es muy frecuente en el texto de Eduarda Mansilla la recurrencia a la transcripción de palabras propias de la cultura de que la recibe. Según Pageaux la palabra es el primer elemento constitutivo de la imagen y es necesario distinguir entre "dos órdenes lexicales: las palabras procedentes de la lengua del país que mira y que sirven para definir al país mirado y las palabras tomadas a la lengua del país mirado y vertidas, sin traducción, a la lengua, al espacio cultural a los textos del país que mira. Y también a su imaginario" (111). Estas palabras que Eduarda Mansilla no traduce son palabras que la castellanización no podría avasallar su condición de alteridad, de realidad extranjera.

Como exploradora social, en su valoración de los espectáculos públicos la vara con la que mide cobra otra tesitura y ya no es digno de admirar el teatro neoyorkino y la noche sin actividades. Si uno quiere pasar sus ratos de ocio debe sí o sí gastar dinero, pues

el viajero no tiene, como en París, en Viena o en Madrid, ese Madrid que parece despertar después de las once de la noche, el recurso de pasearse por las calles como en nuestro país, tomando el fresco de la noche, si es verano, o si es invierno, agitando la sangre, con el paso gimnástico, mientras que los ojos y el pensamiento se recrean, sin gastar un centavo, con las tiendas iluminadas y las vidrieras coquetamente adornadas para la revista de la noche (33).

Eduarda Mansilla hace gala aquí de su condición de viajera experta y para afianzar lo que dice recurre a la comparación y a la evocación descriptiva que lleva al viajero a sentir el aire veraniego o el frío de invierno.

Flora Tristán, en cambio es asidua al teatro. Admira el teatro de Lima, al que califica de “bonito pero pequeño. Estaba decorado con buen gusto y muy bien iluminado” pero se sorprende por lo poco concurrido, ya que la pasión de los limeños estaba en las corridas de toros, espectáculo al que considera un repugnante “género de carnicería” (488).

La larga y minuciosa descripción sobre la arremetida contra los toros está completamente matizada de valoraciones personales, lo que, desde la perspectiva de Tzvetan Todorov (2000) y el planteo de diferentes tipos de relaciones con el otro, sería la construcción de una relación de alteridad desde un plano axiológico, o sea desde un juicio de valor, que lleva a pensar que el otro es inferior a mí (195). Lo vemos en la exaltación de las pasiones de la propia autora: “¡Ocho hombres armados acaban de matar a un toro! ¡Magnífica causa de entusiasmo! Estaba indignada con este espectáculo” (489); “Miserable pueblo, pensaba yo, ¿estás tan desprovisto de piedad como para encontrar delicias en semejantes escenas?” (490).

Pero el afán de conocimiento de Tristán no se limita solo a la incursión por los espacios: “No me limité a visitar los paseos y edificios de Lima. Traté también de

introducirme entre los principales habitantes, con el propósito de conocer los usos y costumbres” (500) y describe las costumbres alimenticias de las clases adineradas, valorando que el arte culinario en Lima mira hacia Francia y saca de allí sus recetas. Sin embargo, la historia de América sigue siendo aún la de un continente al que hay que asimilar en todo a las costumbres europeas, pues “sus festines son tan cansados como perjudiciales a la salud. La profusión que ostentan denota un pueblo todavía reducido a los goces sensuales” (501).

La autora argentina describe con minuciosidad y asombro las listas de comidas que se pueden consumir en los hoteles y que están incluidas en el precio de las habitaciones y el servicio que prestan los negros, que no llega a ser tan correcto como el que prestan los criados en Europa, con lo que se evidencia esa mirada eurocéntrica a pesar de ser ella una viajera argentina. Esa mirada eurocéntrica cobra aún más vigor cuando enuncia acerca del mayordomo “Este personaje importante, tiene bajo sus órdenes un enjambre de negrillos de todas tallas y edades, que marchan detrás de él con paso militar y cómica gravedad” (37). Advertimos que en la utilización del término enjambre reposan los ojos imperiales⁷ de la exploradora argentina. Esos “*waiters*” son, según la autora “retintos” y a veces hay que repertiles la orden “con voz de mando” (38).

Su superioridad también se hace evidente en la descripción de los “*candies* (dulces) tan malos y tan poco dulces para un paladar de los nuestros”.

En cuanto a la descripción de las iglesias, Eduarda Mansilla se sorprende por lo nuevo de sus construcciones y por la falta de estilo.

Las iglesias, no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menor importancia. Por lo general son poco bellas, modernísimas y con el sello de la construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no solo arqueológico, sino estético. (23)

El viajero que llega de Europa no deja de sorprenderse por la pobreza de los monumentos. A los templos góticos le faltan adornos y molduras las iglesias son

⁷ Según Pratt, los ojos imperiales son propios de un sujeto blanco y masculino. Con ellos contempla pasivamente el paisaje al tiempo que lo posee (35). Entendemos que aquí habría una diferencia, puesto que no se trata de un sujeto masculino el que mira sino de una mujer, pero la actitud de mirada pasiva y posesiva (en el sentido de juicio de valor) está presente en el texto de Mansilla.

“de un gótico desnudo, sin galas, son escuálidas, frías, como el culto a que están dedicadas, y desde luego me fueron antipáticas” (27). La viajera exploradora no puede pasar por alto su valoración subjetiva frente a un tipo de edificios muy relevantes en lo que hace a la cosmovisión europea, lo que la aleja del veedor y del observador estadístico del S. XVIII, según nos lo pinta Pratt.

Con estas estrategias analizadas, volvemos a Pratt cuando dice que “Tristán se construye y se idealiza a sí misma como una buscadora de conocimiento agresiva e interactiva” (285) para decir que Eduarda Mansilla también se construye a sí misma como una buscadora del conocimiento, aunque, como ya dijimos, más refinada en sus recorridos. Tomemos estos enunciados como ejemplo: “Más tarde trataré de estudiar la influencia de ese género de vida, en las familias, y en las costumbres de la Unión” (36) y “Apoyada en este axioma, voy estudiando al pueblo americano con cierto detalle, hasta en sus alimentos” (39).

En cuanto al recorrido por la ciudad, Flora Tristán también se detiene en los mismos aspectos: “Esta ciudad encierra muy hermosos monumentos y una gran cantidad de iglesias y de conventos” (480) y dedica un párrafo especial a la catedral de la cual dice que es “magnífica” y que “las dos torres, la fachada y el atrio son admirables, de una grandiosidad rara en nuestra vieja Europa y que no se esperarían encontrar en una ciudad de Nuevo Mundo” (481). Las otras iglesias también son ricas y elegantes. Aquí la valoración subjetiva es positiva.

No debemos pasar por alto la necesidad que las dos exploradoras tienen de comparar lo nuevo que está frente a sus ojos con lo que corresponde a Europa, es decir, lo legitimado desde la perspectiva eurocentrista que construye su visión de superioridad y frente a la cual se construye lo nuevo por oposición.

También dedican un apartado especial a la descripción de las casas. Recordemos que, según Pratt, la prevalencia de los ambientes domésticos responde tanto a “diferentes esferas de interés o pericia” como a “modos diversos de construir el conocimiento y la subjetividad” (280).

Ambas exploradoras describen las casas de las personas adineradas, que son aquellos espacios por los que les es dable transitar, dada su distinción social. A Mansilla la obnubila el lujo y el confort de las casas yankees, edificadas en tres o

cuatro pisos, con ventanales al estilo inglés, con salones lujosamente amueblados, luminosas, calientes en invierno y frescas en verano. Los dormitorios son expuestos ante las visitas, situación que Mansilla considera inapropiada porque no resguarda la intimidad del matrimonio. “En el segundo piso están los aposentos con sus anchas camas matrimoniales, que la mujer norteamericana ostenta siempre [...] sin que le ocurra siquiera, fuera más elegante y más púdico, velar esos misterios de la alcoba” (29). Las casas limeñas, en cambio, son de un solo piso, pero “Como las paredes sobresalen del techo, producen un efecto de casas inconclusas” (481) y, al ser construidas con ladrillos de adobe, resultarían poco sólidas frente a una inusual lluvia. La descripción no es tan pormenorizada como la que realiza Mansilla, lo que podría transformarse en indicio de que no encuentra en las construcciones habitacionales nada que le llame particularmente la atención.

En este punto, se nos hace necesario retomar a Pageaux, quien sostiene que:

toda imagen procede de una toma de conciencia, por mínima que sea, de un Yo con respecto a Otro, de una Aquí con respecto a un Allá. La imagen es, así pues, la expresión, literaria o no, de una separación significativa entre dos órdenes de realidad cultural. En otros términos: la imagen es la representación de una realidad cultural mediante la cual el individuo o el grupo que la han elaborado (o que la comparten, o que la propagan) revelan y traducen el espacio cultural e ideológico en el que se sitúan. El imaginario social [...] se caracteriza por tanto por una profunda bipolaridad: identidad *versus* alteridad, y considera la alteridad como término opuesto y complementario con respecto a la identidad. [En él se expresan] las maneras (la literatura entre otras) en las que una sociedad se ve, se define, se sueña a sí misma (104)

Para explicar la manera en la que una sociedad se sueña a sí misma, recurriremos nuevamente a los estudios de Mary Louise Pratt, quien sostiene que el relato de Flora Tristán incluye “feminotopías”, entendiendo por tal concepto “episodios que presentan mundos idealizados de autonomía, poder y placer femeninos” (292). La autora recupera la concepción de Tristán acerca de las limeñas como mujeres

libres, hermosas y más inteligentes que los hombres. Según la viajera, es la vestimenta lo que permite esa libertad social y sexual en el género femenino del país que visita.

Para no repetir aquí los ejemplos que la estudiosa canadiense brinda en su libro *Ojos imperiales*, recuperaremos algunos otros aspectos de la “feminotopía”.

Las limeñas son irresistibles “No hay hombre a quien la vista de una limeña no haga latir el corazón de placer” (490) y “todo en ellas está lleno de seducción” (493).

Se consideran únicas en el uso de la vestimenta que las identifica, tal como comentamos más arriba, lo cual les otorga distinción y dominio sobre sí mismas y sobre la identidad de su lugar de pertenencia.

El calzado de las limeñas es tan coqueto que no puede equipársele el español por más sobresaliente que este sea. El calzado es, para las limeñas, marca de su elegancia y rasgo de identificación aun cuando van disfrazadas.

No se ven preocupadas por adquirir otras costumbres ni “talentos y virtudes que tengan como objetivo la felicidad y el perfeccionamiento de los demás” (495) porque todo lo que desean lo consiguen gracias a la vestimenta, pero “Si alguna vez abandonaran aquel traje [...] perderán enseguida todo su imperio, caerán muy bajo y serán tan desdichadas como pueden serlo las criaturas humanas” (495). Aquí vemos cómo prima en esta “zona de contacto” una mirada juiciosa y sentenciosa por parte de Tristán sobre un mundo ajeno, diferente del de ella, al que idealiza, entendiendo aquí junto con Pratt “zonas de contacto” como “espacios sociales en los que culturas dispares se encuentran, chocan y se enfrentan, a menudo en relaciones de dominación y subordinación fuertemente asimétricas” (22).

Las ideas que las rigen son completamente diferentes de las ideas que rigen a las mujeres europeas desde la más temprana juventud

Después de lo que acabo de escribir sobre el vestido y los usos de las limeñas se concebirá fácilmente que deben tener un orden de ideas diferentes al de las europeas quienes desde su infancia son esclavas de

las leyes, de las costumbres, de los hábitos, de los prejuicios, de las modas, de todo, en fin. (497)

Tristán asevera con convencimiento lo que cree en función de lo que su estadía en Perú le ha permitido observar, aunque parta del error de suponer que la saya y el manto son originarios de Perú e ignore su origen español.

Eduarda Mansilla también construye feminotopías. Cuando describe la vida en los hoteles, deja entrever estos espacios como espacios de la libertad femenina, que permiten el desentendimiento con lo doméstico: “Matronas he conocido, graves y reservadas, que me han dicho estas palabras [...] ‘tomamos estos [cuartos] que desde entonces ocupamos’” (35) e idealiza la belleza y la gracia de la mujer norteamericana “dos preciosas rubias, que ostentaban vistosos *toilettes* y elaborados peinados, con ese desenfado y gracia, peculiares a la mujer norteamericana” (36).

Ese mundo de placer femenino también se construye en Mansilla en torno a la comida

Las preciosas niñas yankees de delicadísima tez y delgada cintura, se alimentan especialmente de ostras, cangrejos y langostas. Nunca podré olvidar el asombro que me causó en mi primer comida, en el hotel de Nueva York, ver devorar a una elegante muchacha de dieciocho años, la mitad de una langosta, chupando hasta las antenas, con una delicia, que con elocuente expresión se transparentaba en su bellissimo semblante. (39)

A veces el asombro da paso al dolor, tal como Eduarda Mansilla lo describe cuando ve a las mujeres tomar sopa: “Causa dolor ver a esas rubias, transparentes, poéticas Yankees, vestidas de encajes; deslumbrantes de lujo y atavío, verlas digo, sentadas prosaicamente en esa actitud femenina que permite apoyar un gran plato sopero sobre las rodillas, un tanto separadas.” (40) Otras veces su idealización choca con la visión de las conductas femeninas. La fusión con el discurso literario aquí es evidente no solo por la comparación presente sino por la intertextualidad que ancla a sus personajes en una tradición literaria y así

los carnavaliza: “Esas mujeres que parecen vivir del aire, como nuestras orquídeas del Paraná, comen y beben como héroes de Homero” (40).

Estas bellezas yankees, sin embargo, desde la mirada de Eduarda Mansilla, son tan delgadas que “carecen de ciertas redondeces atractivas, que tienen su razón de ser” (41).

Entonces, tal como en Flora Tristán, la mirada sobre las mujeres que habitan los territorios que ellas visitan pasa de la admiración y la benevolencia a la crítica que tiene que ver con su físico, en el caso de Mansilla, y con su desarrollo intelectual, en el caso de Tristán.

Mansilla construye en su relato una realidad social en la que el hombre respeta desmedidamente a la mujer y parece estar sometido completamente a la voluntad de las mujeres, quienes solo deben “manifestar un deseo para que *sea satisfecho*” (114) mientras él trabaja incansablemente para satisfacerlas. Pero la admiración que generan las mujeres norteamericanas en Mansilla es tal que llega a manifestar que las mujeres perderán si se emanciparan políticamente, dado que influyen tanto en los hombres que estos viven, trabajan y se elevan solo por ellas y para ellas (114). “Las mujeres influyen en la cosa pública por medios que llamaré psicológicos e indirectos” (114) e idealiza la independencia de esas mujeres que han abandonado su designio de costureras para convertirse en reporteras y son las encargadas de los artículos sociales de los periódicos dominicales, así como las encargadas de traducir “los primeros capítulos de los nuevos libros, con que el periodismo engalana sus columnas” (115), mujeres cuya tarea intelectual no solamente es remunerada sino que influye en la cosa pública. Una gran feminotopía.

Pratt sostiene que el discurso de “las exploradoras sociales mezcla lo político con lo personal”, ya que “tejen la trama [de sus discursos] a manera de exhortaciones a la autorrealización y fantasías de armonía social” por lo que, desde la perspectiva de la estudiosa canadiense “la reinención de América coincide con una reinención del yo” (295).

Flora Tristán, según Pratt, termina su libro con un episodio que “constituye una alegoría de la búsqueda personal, pero en términos altamente políticos” (295): el encuentro en el barco con una mujer cuya trayectoria política y militar Flora Tristán tanto admiraba y que le permitió comprender la condición dual de América, esa oscilación entre lo propio y lo impuesto.

Spicer nota este reclamo de reinvencción por parte de Eduarda Mansilla cuando sostiene que

Al hacer hincapié la autora en el tema del futuro laboral “fuera” del ámbito doméstico de la mujer estadounidense [...] traza una condena implícita y explícita de del medio laboral periodístico argentino, no de fácil ingreso para la mujer, todavía en los años de escritura de *Recuerdos* (xxi).

Mansilla reclama para sí un reconocimiento de sus potencialidades intelectuales y laborales, muestra de las cuales es su relato de viajes en el que medita, reflexiona y opina sobre temas tanto públicos como privados.

Este análisis de las feminotopías nos permite sostener, recurriendo otra vez a Pageaux, que tanto Mansilla como Tristán elaboran procesos de autodefinición femenina al escribir sobre la Otra cultural y que esta descripción puede contribuir a un replanteamiento de las costumbres de la sociedad de origen. Pensamos esto atendiendo a la siguiente cita de comparatista francés:

la ensoñación sobre el Otro se convierte en un trabajo continuo de investidura simbólica. Si, en el plano individual, escribir sobre el Otro puede llevar a autodefinirse, en el plano colectivo, decir al Otro puede también coadyuvar a liberaciones o compensaciones, justificar los espejismos o los fantasmas de una sociedad (120).

Es el tránsito por una cultura diferente lo que le permitirá a Flora Tristán la elaboración de una perspectiva obrera y protofeminista que la llevará a la creación de un partido político con el que procurará modificar las estructuras de su sociedad, así como a Eduarda Mansilla el descubrimiento del trabajo intelectual femenino en EEUU la llevará a reclamar, no solamente para sí sino para las congéneres de su clase de pertenencia, el merecido reconocimiento en su país de origen.

Ambas autoras construyen sus relatos mediante la superposición de dos de los planos recortados por Todorov en su libro *La conquista de América. El problema del otro*. Estamos pensando en los planos axiológicos y praxeológicos en las relaciones que construyen con ese otro al que por diferentes motivos deben conocer. En lo que hace a ciertas costumbres de los lugares visitados, como las iglesias, las casas, los espectáculos, en las autoras prima el “juicio de valor (un plano axiológico): el otro es bueno o malo, lo quiero o no lo quiero, o bien [...] es mi igual o es inferior a mí” (Todorov 2000:195). Generalmente, el otro es inferior a ellas, son brutales (en el caso de Flora y la corrida de los toros), son indiscretas (en el caso de Eduarda y las mujeres que muestran su alcoba), las comparaciones con Europa están a la orden del día y se proyecta en ellas una mirada claramente imperial, de superioridad en su posición eurocentrista aunque Eduarda sea argentina, pues mira al mundo con los ojos de la Generación del '80, es decir, de la burguesía acomodada que suspira por Europa. Lo praxeológico, entendido como la adopción o la identificación de los valores del otro o, en su extremo, como el intento de imponerle al otro mi propia imagen (195), en cambio, se deja notar en las feminotopías, ya que ambas se identifican en la libertad de las mujeres que componen la sociedad que las viajeras visitan. Es desde esas libertades que las exploradoras sociales construyen sus subjetividades y reclaman para sí libertades similares.

La tipología de las relaciones con el otro que propone Todorov puede cruzarse con la representación de la cultura del otro, propuesta por Pageaux, la que será, en el primero de los casos una representación fóbica, entendiendo por tal que “la realidad cultural extranjera es considerada inferior y negativa respecto de la cultura de origen” (121); en tanto que en el segundo de los casos, la representación será de filiación ya que “la realidad cultural extranjera es considerada positiva y encuentra su lugar en una cultura que mira [la cual es] igualmente positiva” (121).

Ambas perspectivas nos ayudan a confirmar nuestra hipótesis de que las dos autoras hablan en sus textos de la cultura que mira más que de la cultura que es mirada, tal como lo planteaba Pageaux al definir la imagología.

Con este breve recorrido por los diferentes relatos de viajes, podemos dar cuenta de que tanto Flora Tristán como Eduarda Mansilla ofician como “exploradoras sociales” y que en sus obras construyen “feminotopías”, según la perspectiva de Mary Louise Pratt.

Podemos cerrar nuestra exposición confirmando que los relatos de viajes estudiados se producen en las “zonas de contacto” entendiendo por tales “la presencia conjunta, espacial y temporal, de sujetos -anteriormente separados por divisiones geográficas e históricas- cuyas trayectorias se intersectan” (26).

Bibliografía

- Colombi Nicolía, B. (2006) El viaje y su relato. *Latinoamérica* 43. México 2006/2 11-35 <http://www.scielo.org.mx/pdf/latinoam/n43/2448-6914-latinoam-43-11.pdf>
- Denegri, F. (2003) Estudio introductorio: La insurrección comienza con una confesión en Flora Tristán: *Peregrinaciones de una paria*. Lima: UNMSM, Fondo Editorial.
https://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual/libros/literatura/pereg_paria/ficha.htm
- Mansilla, E. *Recuerdos de viaje* Capítulos II, III y XII
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Recuerdos_de_viaje_-_Eduarda_Mansilla_de_Garcia.pdf
- Nucera, D. (2002) Los viajes y la literatura en Armando Gnisci (comp.) *Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Crítica.
- Pageaux, D. (1994) De la imaginaria cultural al imaginario en Pierre Brunel e Ives Chevrel: *Compendio de literatura comparada*. México: Siglo XXI Editores.
- Pratt, M.L. (1997) *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*. Trad. De O. Castillo. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Praver, S. (1998) ¿Qué es la literatura comparada? en Dolores Romero López (ed.): *Orientaciones en literatura comparada*. Madrid: Arco/Libros.

Spicer-Escalante, J. P., (2006) En su “calidad de viajera distinguida”: La constitución de una voz femenina del viaje en “Recuerdos de viaje” (1882) de Eduarda Mansilla de García en Eduarda Mansilla de García: *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: Stock Cero.

Todorov, T. (2000) *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.

Tristán, F. (2003) *Peregrinaciones de una paria*. Cap. “Lima y sus costumbres”
Lima: UNMSM, Fondo Editorial.

https://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtual/libros/literatura/pereg_paria/ficha.htm

